

MANUEL SEGUNDO SÁNCHEZ

LAS MEMORIAS DE BOUSSINGAULT

Reproducido del N° 44 de "Cultura Venezolana"

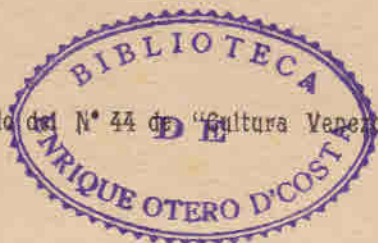


CARACAS
TIPOGRAFIA MERCANTIL
1922

MANUEL SEGUNDO SÁNCHEZ

LAS MEMORIAS DE BOUSSINGAULT

Reproducido del N° 44 de "Cultura Venezolana"



CARACAS
TIPOGRAFIA MERCANTIL
1922

LAS MEMORIAS DE BOUSSINGAULT

El señor don Eusebio Robledo, Presidente del "Centro de Estudios Históricos de Manizales", departamento Caldas de la vecina República de Colombia, tradujo del francés y publicó en el número 14 del *Archivo Historial*, correspondiente al mes de setiembre de 1919, órgano de aquel docto Cuerpo, la parte de las *Memorias* de Juan B. Boussingault que se refieren al departamento mencionado y algo de lo relativo al de Antioquia. Encabeza el señor Robledo su traducción con una sucinta, pero aprovechable biografía del sabio francés, huésped y servidor de la Gran Colombia desde 1822 hasta su disolución, en 1830.

Boussingault que, bajo los auspicios de Humboldt, había sido contratado en París por el doctor Zea, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República, llegó a La Guaira el 22 de noviembre de 1822 y a Caracas el 7 de diciembre siguiente. En compañía de Boussingault vino, contratado también por Zea, don Mariano de Rivero, peruano, ilustre hombre de ciencia, discípulo de la Escuela de Minas de París.

Por tierra, Boussingault y Rivero emprendieron desde aquí el viaje a Bogotá. De pasada por Maracay, no Maracaibo como reza la traducción que nos asesora, fueron agasajados por el general Páez, quien a la sazón sitiaba a Puerto Cabello. Luego visitaron a Valencia y de allí partieron el 3 de mayo de 1823, siguiendo la ruta de Nirgua, Tinaco, San Carlos, Barquisimeto, Quíbor, Tocuyo, Guari-

co, Carache, Santa Ana, Trujillo, Mendoza, páramo de Mucuchíes y Mérida. Visitaron en Lagunillas las famosas minas de Urao y en Chiguará observaron el fenómeno conocido con el nombre de *farol*. Por Bailadores, Cúcuta, Chinácota, Pamplona, Capitanejo, Santa Rosa, Duitama, Paipa y Tunja, llegaron a Bogotá al cabo de un año, el 24 de mayo de 1824.

La labor científica realizada por Boussingault en Colombia fué por todo extremo proficua. Desempeñó, además, cargos militares, y entre éstos, el de fiscal en la causa que finalizó con el fusilamiento del coronel Leonardo Infante.

Pero, no es nuestro ánimo seguir paso a paso la vida de Boussingault en tierras de América, sino dar a conocer en Venezuela párrafos salientes de sus *Memorias* que se relacionan con hombres y sucesos de nuestro ciclo heroico. Para ello vamos a valernos de la traducción que con ese propósito se sirvió hacer y remitirnos de París, en donde reside hace años, nuestro excelente amigo el distinguido historiador uruguayo, señor don Hugo D. Barbagelata.

Ignoramos las causas, pero el Libertador no tuvo para el joven francés (Boussingault había nacido en 1802), mayores agasajos. Las *Memorias* se resienten de ese desvío. Sin embargo, viajando hacia Quito, en el año de 1830, se impuso Boussingault, al llegar a Cartago, de la muerte del Libertador. "Algunos sujetos de esta ciudad, refiere el señor Robledo, nada adictos a la persona de Bolívar, hicieron un baile para festejar aquel luctuoso acontecimiento. Boussingault fué invitado, pero asistió de riguroso luto y una vez en la sala, hizo apagar todas las luces: las mujeres allí presentes se pusieron a llorar de terror y los hombres, se dispersaron. Esta ocurrencia pudo serle fatal a nuestro viajero, pero él logró su objeto, dando con ello ejemplo de respeto por las cenizas del Grande Hombre que acababa de morir víctima de los odios de muchos jacobinos inconscientes."

¿Por qué causa el hombre que supo realizar tan noble gesto emitió luego conceptos despectivos para el Libertador, contra los cuales están protestando innúmeros relatos de eminentes compatriotas de Boussingault que trataron de cerca a Bolívar? Jurien de la Graviere, Le Moynes,

Lallement, Martin-Maillefer, Peru de Lacroix, Mollien, Serviez, Révérend, Roulin y muchos otros, hombres de ciencias y de armas, diplomáticos, marinos, militares, franceses todos ellos, autores o testigos de la guerra emancipadora, con una comprensión más clara del alma del Héroe, nos legaron páginas imperecederas, de donde emergen la admiración y la verdad histórica.

Desde luego, al hacer nosotros esta publicación, protestamos contra las erróneas apreciaciones de Boussingault sobre la empresa bolivariana; pero, exentos de prejuicios, creemos que todo cuanto se ha escrito acerca del Libertador, favorable o adverso, debe recogerse, comentarse y analizarse. Cuántas veces la diatriba misma—y tal acontece con muchos pasajes de los *Recuerdos de la Revolución de Caracas*—no ha servido para darnos a conocer mejor el ambiente de la época y aun para exaltar la gloria de Bolívar?

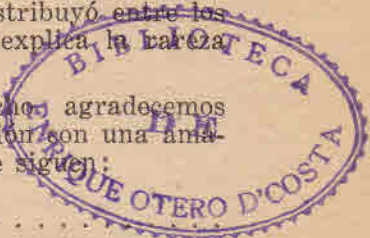
Las referidas *Memorias* se editaron en París de 1892 a 1900, por la casa Chamerot y Renouard, cinco volúmenes en 8°. La edición fué solamente de trescientos ejemplares que la familia de Boussingault distribuyó entre los amigos del autor. Esta circunstancia explica la rareza de la obra.

El señor Barbagelata, a quien muchos agradecemos su gentileza, acompañó la citada traducción con una amable carta, de la cual son los párrafos que siguen:

“Distinguido amigo Sánchez:

“Hállanse en las *Memorias* de referencia largas notas críticas sobre usos y costumbres observadas antaño en Venezuela y Colombia, países por los que Boussingault no parece tener mucho cariño, y juicios sobre Bolívar, Santander, Páez y Zea, que no les van en zaga.

“Boussingault, quien por la manera elegante y clara con que escribe, se asemeja a su compatriota Francisco Arago, también viajero y hombre de ciencias, muestra en sus *Memorias* carecer del espíritu crítico necesario para estudiar la Revolución Americana y los hombres que la iniciaron y dirigieron. Así Bolívar, por ejemplo, no fué para él sino uno de tantos “jefes inteligentes de guerrillas” que el estallido de aquella produjo, y Zea, que lo ha-



bía contratado en 1822, para ir a Colombia, “un botánico hábil, que amaba las ciencias”.

“Como usted sabe, Boussingault formó parte del Estado Mayor de Bolívar. Su admiración por el Héroe no es grande, aun cuando lo conoció por la misma época en que el marino danés C. van Dockum visitó al Libertador en la Quinta de la Magdalena, lo cual le permitió luego publicar un valioso retrato psicológico y anecdótico de nuestro gran americano. Además, para 1821, todos sabemos, conforme al testimonio del contraalmirante Jurien de la Graviere, compatriota de Boussingault, que “no era para entonces Bolívar jefe de bandas que sostenía con más o menos éxito una lucha facciosa contra la autoridad de su rey legítimo, sino un general ilustre saludado por sus conterráneos con el nombre de Libertador y citado en Europa entera como el más valeroso campeón de la independencia americana”.

“Tengo para mí que a causa de la juventud de Boussingault y, quizás, también a causa de su mal disimulado orgullo de hombre europeo que había tenido la suerte de codearse con los Humboldt, Voltz, Berthier, Gay-Lussac y Arago, Bolívar no trató mal, pero tampoco con marcada distinción a *Don Juan*, como él afirma que lo llamaban en Colombia. No de otra manera se explicaría el empeño de recordar principalmente al Libertador en anécdotas que nada añaden a su gloria y en actitudes que no cuadraban a su grandeza. Por decir lo menos, Bolívar y Boussingault no simpatizaron.

“Quienes salen muy mal parados de los relatos de Boussingault son los curas colombianos, a los que pinta practicando costumbres nada santas; lo cual no le impidió solicitar frecuentemente su compañía y a la que sin duda debió fructíferas excursiones científicas el perpetuo profesor de química agrícola del Conservatorio de Artes y Oficios de París.

“Lo dicho no implica falsedad en las aseveraciones del sabio en que nos ocupamos. Al anotar la observación que precede, es porque él cae, a veces, en confesiones que si pueden ser admitidas a un Rousseau no cuadran, a mi entender, en las *Memorias* de un hombre de ciencias, que hace gala de severidad e ironía al juzgar la conducta moral

de un pueblo por el que fué gentilmente recibido y al que prestó servicios nada despreciables.

“Por lo demás, no debe olvidarse que Boussingault murió en París en 1887 y que sus *Memorias* empezaron a editarse cinco años después, sin gran orden en la redacción, con muchas erratas, principalmente en lo que a nombres propios se refiere, y sin índice.

“Como no dispongo de tiempo suficiente y para no molestarlo con una carta demasiado larga, me limitaré a traducir para usted, íntegramente, el retrato que Boussingault nos hace de Bolívar. Pero acaso, más completa que la del Libertador, es la biografía de Manuelita Sáenz, a la cual me referí en un número del *Bulletin de la Bibliothéque Americaine* (año de 1916). Por su exceso de *naturalismo* no podrían ponerse esos apuntes en manos de una niña; pero, su lectura aclara puntos de la vida de la famosa quiteña que resultan oscuros para su erudito biógrafo Cornelio Hispano. Menos completa que la de Manuelita son las siluetas de Santander, Obando y Sucre, trazadas por Boussingault.

“El retrato del héroe inmortal de Junín, que traduzco a las volandas, es como sigue:

“Era Bolívar un hombre pequeño, de estatura menor que la mediana, presentando una cabeza un tanto desproporcionada con relación a su talla; pero muy enérgico, de mirada viva, ojos oscuros, cabellos negros, tinte muy moreno, brazos demasiado largos, miembros delgados y de gran vivacidad en los movimientos. Para entonces, el general estaba en el apogeo de su renombre. Su poder era casi ilimitado. Llevaba comúnmente un traje (frac-habit) que se asemejaba al uniforme preferido de Napoleón, el de los granaderos de la guardia imperial. El Emperador era el ideal de Bolívar. Con los franceses, hablaba con gusto de él; conocía perfectamente su historia. Recuerdo que en una visita oficial que le hice, yo llevaba un bastón de mando, de carey—los oficiales superiores usaban bastón—con mango formado por un busto de Napoleón. Durante toda la conversación, Bolívar no separó sus ojos del bastón, a tal punto que creí de mi deber ofrecérselo. No puedo afirmar si lo aceptó; es probable, por cuanto desde entonces no ví más mi bastón de carey.

“Bolívar era expansivo, benévolo con sus inferiores, generoso al exceso, viviendo de manera muy simple, sobrio; pero amando a las mujeres y solicitado por el bello sexo, como acontece a los hombres dueños del poder. En su juventud, estuvo casado; quedó viudo, sin hijos y acaso se deba a esta última circunstancia el que haya rechazado todos los ofrecimientos que se le hicieron para elevarlo al trono. Cuando los asuntos políticos no nublaban su espíritu era muy alegre, reía a carcajadas. Contaba bien. Con los íntimos adoptaba un tono burlón, poco agradable para el interlocutor. Era, sin embargo, un espíritu fino, un hombre de buena educación, pero de una gran susceptibilidad y de una rara vanidad. Sus arrebatos eran a veces grotescos y, en conciencia, de mal tono. No obstante, la tormenta duraba poco y volvía con presteza a su amable carácter.

“Daremos dos ejemplos: de su vivacidad uno, y el otro de su vanidad. Su zapatero, exmilitar francés, mientras le probaba un par de botas, no cesaba de hablarle de las campañas del imperio, añadiendo este estribillo: ¡Ah, ese era un general, Napoleón! Lo que repitió varias veces, hasta que Bolívar le asestó un puntapié en cierta parte, diciéndole: ¿y yo qué soy, pues?

“Llegué un día a Ibagué para entregar un pliego al Libertador, que regresaba del Perú nada contento. Me invitó a cenar y, aunque yo era el de menor graduación entre los presentes, me hizo sentar cerca de él. Estábamos en casa del cura; Pepe París, el amigo íntimo del general, asistía a la comida. Al servir la sopa dijo Bolívar en francés que hablaba correctamente: Al rancho, señores (Allons, Messieurs, a la gamelle!) La conversación fué de las más alegres. Entonces, queriendo insinuarme, dije:—General, he recibido un diario de Francia, *El Globo*, en donde se encuentra un artículo con el mayor elogio para Su Excelencia. Luego, me dije a mí mismo: El general va a quedar encantado. Mas, ay! poniendo una figura amenazadora y apostrofándome con cólera, exclama:—¿Cómo, hay en un diario de Europa un artículo que me es favorable y usted no lo ha traducido? Seguramente, si se me hubiese atacado, si se hubiesen criticado mis actos, la traducción no se habría hecho esperar. Y continuó en ese tono. Bien

hecho, me dije a mí mismo: eso te enseñará a ser cortesano! Felizmente, Pepe París intervino, para sacarme de apuros, diciendo:—General, se traducirá el artículo. Fué éste un calmante que hizo efecto instantáneamente. La potencia no me guardó rencor, pues Bolívar al tiempo de tomar el café se acercó a mí y me hizo saber que quería establecer una escuela militar en Bogotá, en la que se daría a los jóvenes oficiales una buena instrucción científica y cuya dirección me confiaría. Yo acepté reconocido, reservándome la firme intención de no encargarme de misión tan difícil, e hice bien. Pedí y obtuve el permiso de terminar la exploración del volcán de Tolima: después no volví a ver a Bogotá. Yo era poco sensible a los honores y estaba decidido a regresar a Francia.

“Cuando el Libertador partió para Bogotá, salió de Ibagué seguido de una escolta numerosa (cavalcade nombreuse). Al lado del general, que lo abrumaba a preguntas, se encontraba cierto doctor, hombre de lo más considerado de la provincia:

“—¿De quién son estos prados? interrogaba el Libertador.

“—De Fulano, respondía el doctor.

“—¿Y estos cultivos de caña de azúcar, y estos campos de índigo, de trigo, de maíz?

“—A Fulano, a Mengano pertenecen, contestaba sin vacilar el doctor, indicando el nombre del propietario.

“Acerqueme al doctor, que parecía tan bien informado, y le dije:—Usted, por lo visto, ha levantado el catastro del país?

“—¿Yo? A nadie conozco. Es que, como usted lo ve, cuando un gran personaje hace una pregunta debe contestársele siempre sin el menor titubeo; que ello le sirva de lección.

“Cuando salimos de la ciudad, la escuela que estaba colocada a lo largo de la calle principal lanzaba frenéticas aclamaciones: vivas al Libertador hasta nunca acabar. El general saluda sonriendo.

“—Don Francisco, dije al maestro de escuela que formaba parte del cortejo, sus discípulos son ardientes patriotas.

“—En manera alguna. ¿No ha observado usted al hombre colocado detrás de ellos y encargado de administrarles

latigazos, cuando no gritan bastante fuerte? El recurso es infalible y lo empleo cada vez que es menester hacer alguna manifestación al arzobispo o gobernador que nos visita.

“La cabalgata se detuvo entre Chipalo y Piedras. Fué el momento de los adioses. Cuando me acerqué respetuosamente a Bolívar para saludarlo militarmente, me dió un abrazo diciéndome, “Hasta pronto”. Su semblante presentaba la huella de la enfermedad; yo sabía que no lo volvería a ver. Pocos meses después moría, arruinado por la tisis.

“El Libertador había sufrido mucho. Su actividad prodigiosa lo había gastado. Al llegar al apogeo de la gloria que ambicionaba, su nombre se hizo popular en ambos mundos. Había arrebatado la América meridional a la dominación española. Poseedor de una gran fortuna al principio de su carrera, murió pobre, lo cual es mucho en el curso de una existencia. Bolívar conocía la Europa. En la juventud había vivido en la corte de España. Se relacionó con hombres eminentes, entre los cuales puedo citar a Gay-Lussac, Humboldt y de Buch.

“Sus éxitos contra las tropas españolas, sus proclamas enfáticas, tuvieron durante cierto tiempo una gran repercusión en el mundo liberal: provenían de un dictador poderoso. El prestigio fué, por un momento, inmenso; pero al mirar a su alrededor, hubo de darse cuenta de la pobreza y falta de recursos de que padecía. Su palacio era una bicoca; sus soldados estaban cubiertos de andrajos. Con ello sufría su vanidad. Jamás tuvo el valor de aceptar su verdadera y gloriosa situación, un jefe inteligente de guerrillas (1).

“Visto desde lejos aparecía rodeado de una aureola que desaparecía a medida que uno se acercaba a su persona. El lo sabía y por eso evitaba, tanto como le era posible, el contacto con el mundo diplomático: prefería quedar invisible. He aquí una prueba. El gobierno de los Borbones se había mostrado constantemente hostil a la insu-

(1) Increíble parece que el crítico que acaba de confesar que “Bolívar había arrebatado la América meridional a la dominación española”, considere poco después al Libertador sólo como “un jefe inteligente de guerrillas”.—M. S. S.

rección de las colonias españolas. Sin embargo, vióse arrastrado en favor de la independencia americana por el movimiento que se acentuaba más cada día. El reconocimiento de las nuevas repúblicas por los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, y las ventajas que para el comercio de estos países resultaba del mismo, determinó a Francia a mandar un Comisario real, acreditándolo ante el Libertador.

“El Comisario enviado fué Mr. Besson, a quien acompañaba el duque de Montebello. Llegó a Bogotá cuando Bolívar se encontraba en el Sur, en Quito, creo, a donde le escribió Mr. Besson, pidiéndole permiso para trasladarse al Cuartel General, a fin de presentarle sus credenciales. La respuesta se hizo esperar. Luego, Bolívar dió a entender que estaba por llegar a Bogotá. Se veía claramente que se preocupaba poco de recibir la visita del Comisario francés.

“Yo veía a Mr. Besson y al duque de Montebello en casa del cónsul general de Francia, Mr. de Martigny. Los diplomáticos estaban un tanto resentidos del poco empeño que el Libertador demostraba para ponerse en comunicación con ellos; no comprendían nada. El ministro los había recibido con la mayor deferencia y el Jefe del Estado parecía muy poco solícito en recibirlos. Por Pepe París tuve la clave del enigma. Este, que jamás aceptó posición oficial alguna, había quedado como el amigo íntimo, el confidente de Bolívar, y fué a él a quien el último le confesó cuan penoso, cuan humillante le resultaba recibir en un triste y mezquino Cuartel General, a enviados franceses, uno de los cuales era hijo del Mariscal Lannes, gloria del Imperio. Como se ve, el motivo era de amor propio.

“Los Comisionados volvieron a Europa sin haber obtenido una audiencia del Libertador, sin haber sido autorizados para ir a su encuentro, como lo deseaban...

Y agrega el traductor don Hugo Barbagelata:

“Así termina el retrato de Bolívar hecho por Boussingault. Se asemeja en ciertos rasgos, al hecho por otros viajeros cuya admiración por el grande hombre, al que vieron de cerca, se exterioriza en sus narraciones. En sus lineamientos generales tiene mucho de parecido con el retrato que Gil Fortoul nos ofrece en el primer tomo de su *Historia Constitucional de Venezuela* y a cuya formación

contribuyeron O'Leary, Páez y el doctor Roulin, médico y naturalista francés que, en 1827, conoció al Libertador en Bogotá. Huelgan comentarios a las apreciaciones contenidas en las páginas transcritas. Felizmente, la serie de volúmenes sobre *La Monarquía en América*, publicados en los últimos tiempos por don Carlos A. Villanueva, muestran que, en vez de rehusarlas, buscó Bolívar las entrevistas diplomáticas y que los que en ellas intervinieron se hicieron muy buenas lenguas de los merecimientos del Libertador. Por lo demás, debido a su cultura especial, a su juventud y a su carácter que lo llevaron en su patria al republicanismo moderado, Boussingault no pudo comprender el genio múltiple de Bolívar, al que titula con frecuencia de "vanidoso", sin establecer las distinciones del caso entre los términos altivez, orgullo y vanidad. Mas, así y todo, no escapará a nadie que la obra en que nos ocupamos tiene un valor histórico de primer orden.

"Réstame agregar que lo traducido se halla en el tomo tercero, página 171 a 180, de las referidas *Memorias* de Boussingault.

M. S. SANCHEZ.

Caracas: 1922.